

Carlos
Agora

Sueños
de
libertad



Parénesis

FRAGMENTO

Colección Umbral

OTROS TÍTULOS DE PARÉNTESIS EDITORIAL

- **COLECCIÓN DE FACTO**

Javier Villanueva. La verdadera historia, INMA PORTALO
Y JAVIER VILLANUEVA

Ulises y las sirenas. El dilema de la infidelidad, JESÚS
COTTA

- **COLECCIÓN ORFEO**

Cuchulain de Muirthemne, LADY GREGORY

La sangre y el eco, JULIO MANUEL DE LA ROSA

Todas las mujeres, JOSE MARÍA CONGET

Los consulados del Más Allá, AQUILINO DUQUE

La fiebre de Siam, EDUARDO JORDÁ

Las historias gallegas, ÁLVARO CUNQUEIRO

La catedral, VICENTE BLASCO IBAÑEZ

Croquis a mano alzada y Las campanas de Antoñita

Cincodedos, JULIO MANUEL DE LA ROSA

El misterio del mundo. Antología, FERNANDO PESSOA

- **COLECCIÓN UMBRAL**

Vacaciones de invierno, JOSÉ MANUEL BENÍTEZ ARIZA

Plaza del Cabildo, EMILIO DURÁN

El centro de la Tierra, ANDRÉS PÉREZ DOMÍNGUEZ

El viento y la arena, ANTONIO REYES MATEO

Hildur, TONI MONTESINOS

Doménica, JOSÉ ÁNGEL CILLERUELO

La maldición del cronista, MARC GUAL

Sueños de libertad, CARLOS ALGORA



Carlos Algora Alba nace en Almadén de la Plata (Sevilla, 1954), es profesor, historiador y doctor en Filosofía y Ciencias de la Educación.

Es autor y coautor de más de una veintena de publicaciones de investigación y libros de texto, atlas históricos, de numerosas comunicaciones en Congresos y de artículos en revistas especializadas en los campos de Historia, Didáctica e Historia de la Educación. Su libro *El Instituto-Escuela de Sevilla (1932-36). Una proyección de la Institución Libre de Enseñanza* fue premiado por la Diputación Provincial de Sevilla en el concurso de monografías «Archivo Hispalense».

El rey de las almadrabas (2005) fue su primera novela. La obra tuvo una buena acogida por el público y la crítica. *Sueños de libertad* es su segunda creación literaria con un estilo en el que combina la recreación histórica rigurosa con la ficción novelística.

Preludio

Cádiz

5 de diciembre de 1868

Un grupo de Voluntarios de la Libertad, armados y vestidos con su uniforme militar y dirigidos por Fermín Salvochea, salió desde el Ayuntamiento al encuentro del contingente de artillería que publicaba el bando por la ciudad. La multitud furiosa ocupaba todos los rincones de la plaza.

—¡Alto, no debéis continuar! –gritó enérgico Fermín a la columna de soldados que se adentraba por la calle de la Pelota—. Nosotros representamos al pueblo que sólo acatará las leyes legítimas emanadas de unas Cortes que representen a la voluntad popular. El gobernador militar no tiene atribuciones para suprimir nuestras libertades.

—Dejaos de pamplinas y quitaos de nuestro paso. Nosotros cumplimos órdenes –contestó el capitán.

—Nosotros representamos al pueblo y a la Revolución.

—Ni revolución ni hostias. ¡Apartaos o abrimos fuego!

—¡Soldados, uníos a nosotros! ¡Sois del pueblo! ¡Hermanos nuestros! ¡Uníos a la revolución como en septiembre! Nosotros somos el auténtico ejército del pueblo.

—¡Vete con tus mierdas de soflamas a tu partido y entregad las armas! Nuestra paciencia se agota y es la última vez que os lo digo: ¡Apartaos o abrimos fuego!

«¡A las armas!, ¡A las armas!», gritaban voces acaloradas del gentío. La tensión y la confusión crecían. El oficial al mando, nervioso, con gotas de sudor que perlaban su frente, gritó: «¡Preparen! ¡Apunten!». Los jóvenes soldados, con los rostros lívidos, levantaron sus carabinas. La gente de alrededor comenzó a apartarse con miedo y empujones. Un disparo desconocido rugió en el aire para rebotar en la pared donde estaban los militares, antes de que el oficial gritara: ¡Fuego! Instantes después la confrontación era terrible. La muchedumbre corría despavorida. Los que disponían de armas tomaban posiciones y se revolvían. Al grito de ¡Viva la república! vomitaban plomo sus trabucos. Fermín y otros voluntarios, entre ellos mi amigo Roque, corrieron a refugiarse en la Casa Consistorial.

Una lluvia mortífera impregnada de rabia y desconcierto dejó un primer reguero de sangre, dolor y muerte. El aire hervía y se llenaba de un áspero y picante olor a pólvora. Las balas aullaban y rebotaban en el pavimento. Cogí de la mano a Andrea y nos mezclamos con la multitud que huía confusa por los diferentes focos de lucha. Antonia la Salinera, del club republicano de mujeres, corría despavorida con su hija de meses llorando desconsolada. No había tenido con quien dejarla. Una bala perdida destrozó la cabeza de la criatura, que se esparció como una pequeña calabaza, y atravesó el corazón de la madre¹.

Nos acercamos sobrecogidos, sin dar crédito a lo que ocurría. Una pesadilla, y al mismo tiempo tan real. Sólo pude cerciorarme de la muerte de ambas. Andrea, temblorosa y como loca, recogió la criatura de un charco de sangre que crecía hasta teñir de rojo nuestras pupilas. Arrastré unos metros a la madre para ponerme a cubierto. Las balas brincaban cerca de mí con una danza de muerte. Con la ayuda de otras personas las llevamos al Hospital de la Misericordia. Ya nada podía hacerse.

¹ Basado en un hecho real (Nota del A.)

En un caos de carreras, gritos, humaredas y estampidos cruzamos el Arco del Pópulo hasta llegar a mi casa. Nos esperaban mi padre y mi hermano, muy preocupados por nuestra suerte. Nos tomamos una infusión de tila que la criada había preparado en una olla de agua hirviente. Andrea lloraba con ligeros espasmos y mi padre se agitaba nervioso.

Nos subimos mi Carmelo y yo a la torre vigía para observar, asombrados y acongojados por los terribles acontecimientos, el rugir de las armas desde diferentes puntos de la ciudad. La muralla, la Puerta del Mar, la Aduana y casas limítrofes estaban ocupadas por las fuerzas militares; el Ayuntamiento y azoteas cercanas, por las milicias ciudadanas y gaditanos que habían tomado sus armas.

Distinguimos cómo se aproximaba el gobernador militar con un regimiento de refuerzo a la plaza sembrada de cadáveres esparcidos. Una tromba de disparos alcanzó a uno de sus ayudantes en el pecho y cayó fulminado. Otra bala hirió al general en un pie. Con ostensible cojera y mil maldiciones perdidas en el fragor de la batalla se retiró con sus tropas en dirección a la Aduana, sin cesar de disparar.

Grupos de soldados derribaban puertas y rompían los cristales de los ventanales para ocupar posiciones en algunas casas, cuyos vecinos fueron desalojados con malos modos. El infierno se posicionaba en la ciudad y expandía un olor acre mezcla de pólvora y carne quemada. Algunos muebles y enseres utilizados como improvisadas barricadas, vacías de vida, ardían junto a cuerpos retorcidos y desarmados.

La necesidad que impulsa a enfrentarnos a los seres humanos entre sí era ya una realidad. Mi mente febril bullía de actividad, de rotos ensueños de utopía y amargura por los sucesos que nos acontecían. Sabía que mi lugar estaba con los milicianos que se jugaban la vida por la libertad y por nuestros sueños acariciados hasta hacía unos días. Me sentía joven, con ardor romántico, sediento de vida y henchido de ideales.

No siempre había sido así, desde hacía poco había despertado a la realidad, al amor, a la revolución. Yo había sido un niño tímido, sin haber vivido ni la miseria ni el hambre, de esmerada educación católica y con una visión simplista, religiosa e ingenua de la existencia, llena, para mí, de magia y fantasías. Esa tarde acudiría al Ayuntamiento, centro de resistencia de las milicias populares. Tal vez moriría por mis anhelos, por ello era una buena oportunidad para hacer balance de mi vida ante mis propias contradicciones. En las horas siguientes no sabía lo que el destino, siempre incierto, nos depararía.

Los disparos sonaban espaciados. Era el momento oportuno para deslizarme en las sombras y unirme al resto de los milicianos. Se abría la noche eterna, que precede a días decisivos, y jugaba al escondite, entre las oscurecidas azoteas gaditanas, con la luna azulada que descubría sus perfiles y resbalaba por el fino enlosado de las calles.

IR A LA FICHA DEL LIBRO

Queda prohibida, bajo sanción prevista por la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin permiso previo por escrito de los titulares del copyright.